

mentos; un emperador que para divertir su hastío iba ceñido el pecho con piel de león, la espada con arco de cazador, y ocupada la mano con hercúlea maza de oro, á cazar fieras, á disputar el circo á los gladiadores en fingido combate, haciendo que el senado levantara estátuas y ofreciera incienso al que le habia aventajado en la arena; cuando un emperador de este linaje, decia, ocupaba el trono, las guardias pretorianas que conocian al emperador, que presenciaban sus deformes vicios, que sentian en sí el núcleo de todo poder, que miraban pendientes de sus lanzas toda autoridad y toda justicia, recogian las riendas del Estado, jugaban con ellas al azár, destronaban al emperador, vendian la púrpura cesárea al que más la pujaba, sacaban desde lo alto de los muros de la Ciudad Eterna, resguardo salvadore en otro tiempo del derecho, á pública subasta el Imperio, lo vendian á un senador rico, y luego tornaban á destrozarse con sus espadas sus mismas hechuras, como para enseñar eternamente á las generaciones, que esos poderes que se creen eternos, porque tienen solo en su abono la fuerza, son débiles cuando les falta la justicia, y haciéndose tiránicos, lo pueden engendrar en su maldita esterilidad la anarquía en el gobierno, la desolacion en los pueblos. (Estrepitosos) aplausos.

Cansados los espíritus de la fuerza, convirtieron sus ojos á una idea, á un elemento espiritual,

y como el gnosticismo con todos sus mágicos ensueños dominaba el mundo, fueron al interior de un templo de Asia á buscar entre el humo de los holocaustos y de los sacrificios un emperador llamado Heliogábalo, que desde el Oriente caminó á Roma en medio de palmas y flores y aromas, en larga procesion religiosa; y entró en la Ciudad Eterna envuelto en rozagante seda, pintadas de bermellón las cejas y las mejillas, ceñida la frente con áurea tiara persa, embebido en un éxtasis religioso, abrazado en su carro triunfal á su dios, que era una piedra negra ornada de diamantes y esmeraldas, seguido de un gran número de mujeres sirias que trenzaban con guirnaldas una mágica danza; rasgos muy propios para pintar aquel extraño jóven, cuyo culto era el vicio, cuya teología era el amor brutal y desordenado de los sentidos, cuya imaginacion enflaquecida y exaltada por los placeres, á un mismo tiempo era presa de un continuo fantástico delirio, que le llevaba á predicar dogmas religiosos, eróticos, efrodisiacos, á unir y aglomerar nuevas divinidades en el Panteon, á crear un senado de sacerdotisas consagradas á Venus, á vestirse de mujer y entregarse á la infamia de vergonzosas liviandades, á salir desnudo en un carro circundado de mujeres tambien desnudas, á unir en confusion horrible todos los sexos, todos los animales en sus goces, á violar las vestales y divinizar las prostitutas, á confun-



dirse en un mar de delicias, de orgías, exaltado por un sentimiento religioso, que tendia á prolongar el placer hasta lo infinito, como si fuese aquel delirio el delirio de un siglo devorado por la duda; aquella demencia, la demencia de una civilizacion corroida por el despotismo (Aplausos.)

Los sacerdotes, los filósofos neoplatónicos, los jurisconsultos, habian creado aquel emperador delirante, y habian mostrado su impotencia para sostener en la razon al Imperio. Dos clases luchaban por la púrpura, la clase civil, que predominaba despues de una larga tiranía militar, y la clase militar, que predominaba despues de una tiranía civil. El mundo cansado de la demencia de los que podíamos llamar ideólogos de aquel tiempo, personificados en Heliogábalo y Alejandro Severo, se inclinaba de nuevo á la guardia pretoriana, á la preponderancia militar. Un dia un guerrero titánico, de talla desmesurada y de buen porte, pasaba armado de pesadas armas delante de las legiones romanas, caballero en un alazan del desierto, respirando gozoso el aire que presagiaba el combate y anunciaba la tempestad. Las legiones creyeron ver en él un Cíclope, un Titan, un Hércules, y lo erigieron dueño del mundo. En efecto, Maximino era el símbolo de la fuerza. Hijo de un godo y de una alana, criado en las inclemencias del campo, era como el representante de una nueva raza, y tenia ocho piés romanos de es-

tatura, la fuerza de un toro, la impetuosidad de un caballo, se bebia el vino que cabia en una ánfora, devoraba treinta libras de vianda en un momento, deshacía las piedras entre sus manos, paraba un carro en mitad de su carrera, y era capaz de romper con sus puños una legion de los más bravos guerreros. La guardia pretoriana habia encontrado su héroe. El la llevaba á pelear contra los sármatas y los persas; él aplicaba á la guerra el dinero de los espectáculos, al mantenimiento de su ejército los ídolos de oro de los templos! Roma estaba aterrada al ver que un bárbaro era su dueño. Pareciale que como los antiguos galos iba á incendiar el Capitolio y á no dejar en la ciudad reina del mundo, piedra sobre piedra. Maximino habia sido desgraciado en Roma, habia encontrado cerradas á su miseria las puertas de los señores, que al verlo emperador, hundian en el polvo la cobarde frente; y se aprestaba á una pronta venganza. Mas el senado le declaró depuesto del trono. Al saber esto Maximino en sus expediciones, atraviesa los alpes, baja á los valles, encuentra arrasadas las campiñas, desiertas las villas, fortificadas las ciudades, rotos los puentes, emponzoñados los manantiales; vé que hasta las piedras de Italia se levantan por sí solas contra el bárbaro; conoce que el mundo prefiere epicúreos infames y gastados á un guerrero que hubiera podido fundir con su soplo de fuego el tímpano



de hielo que iba á caer sobre el Imperio, y se entrega á la muerte que le dan bárbaramente sus legiones.

El Imperio desde Tácito hasta Probo, despues de amenguar un tanto el poder de las guardias pretorianas, reconcilia el elemento militar con el elemento civil, como para prepararse á otra lucha más grande, á la lucha religiosa que empieza verdaderamente en Diocleciano y concluye en Teodosio. El Imperio siente que el Cristianismo va á triunfar. Diocleciano lucha con el Cristianismo; Constantino cede á su influjo, Juliano retrocede al paganismo, Teodosio proclama definitivamente su triunfo. La iglesia desde Neron hasta Trajano y desde Trajano hasta Diocleciano, sufre grandes persecuciones. Aquellos cristianos encerrados en el fondo de las catacumbas para practicar la ley del amor, para renovar el mundo con la esperanza; míseros esclavos que habian roto sus hierros, almas puras que se levantan del cieno de la sociedad porque entre tantos vicios conservaban entera la virtud; porque entre tantas duras pruebas tenian fé vivísima; porque en aquella general adulacion á los tiranos, guardaban inmaculada su libertad; porque en la agonía tremenda y desesperante del dios-naturaleza, tenian un Dios-espíritu, que recogia sus lágrimas y calmaba sus dolores; eran perseguidos, acosados por los hombres de la vieja sociedad, que les hacían

responsables de los huracanes, de las tempestades, del hambre, de las inundaciones del Tiber, y de la escasez de aguas en el Nilo; y bajando á sus catacumbas, á sus templos, querian arrancarles su Dios arrancándoles la vida; y los arrastraban por las calles, y los vendian en los mercados, y los bajaban á las minas de la Numidia, y los entregaban á los hambrientos leones, á los tigres, á las hogueras; crueldad inútil, porque si los miembros de aquellos infelices, si sus carnes eran desgarradas en el garfio, si su sangre era consumida por las llamas, sus almas purificadas, engrandecidas por el martirio, desafiándose de los lazos de la materia, se perdian en lo infinito para reposar tranquilas en el eterno árbol de la vida. (Aplausos prolongados).

Y mientras esta persecucion se ensañaba en los cristianos, el paganismo se moria. La naturaleza perdia sus antiguos encantos; las ninfas y las náyades se desvanecian entre las ondas de los arroyos; el génio de Apolo no murmuraba ya sus dulces cantares en las ramas de los laureles del Himeto; el coro de los ruisseñores que acompaña el canto plañidero de Edipo á la sombra de los olivos y los mirtos en el valle de Colonna, callaba como si temiese turbar el reposo de la muerte; Diana no dejaba durante la callada noche sus huellas de melancólica luz en los umbrosos bosques; el dios Pan no sonaba en las majadas y ote-



ros su caramillo, en el cual aprendieran sus regalados versos los Teócritos y los Virgilio; la caverna de Delfos yacía tapiada y no hablaba ya en su seno el génio de la antigua religion; la pitonisa habia rasgado su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando lejos de sí el áureo tirso, descendia desesperada de su trípode; porque el fuego de la inspiracion no calentaba ya su desolada mente; los pilotos y marineros del Mediterráneo sentian helarse en sus labios las oraciones consagradas á la luna y á las estrellas, y decian oír entre el rumor de las brisas una voz solemne que decia que los antiguos dioses habian muerto; y Grecia, la musa de la historia clásica, la eterna escultora del hombre, rota su lira, extinguida su voz, rodeada de los cadáveres de sus hijos, se hundía en lo pasado, herida, desesperada, cayendo como una blanca melancólica estatua funeraria sobre los restos del paganismo. (Estrepitosos aplausos.)

Entonces Constantino proclama la libertad de la Iglesia; entonces del fondo de las catacumbas sale triunfante el Cristianismo; entonces la Iglesia universal se reúne; entonces el Concilio de Nicea escribe el símbolo de la fé; ese símbolo que todas las generaciones han repetido, que se difundirá hasta el último límite del tiempo y que resuena hoy bajo las bóvedas de nuestras iglesias; entonces se declara el triunfo inmortal del Cristianis-

mo, que viene á traer la nocion clara de Dios, á romper el cetro férreo del destino, á igualar á todos los hombres ante los altares, á prometer eterna vida á la virtud, á destruir la diferencia de castas, á consagrar la libertad humana, á encender el barro de nuestro cuerpo con el fuego divino, á renovar el espíritu del hombre con el espíritu de Dios, á herir para siempre en la frente á los tiranos y establecer el eterno reinado de la justicia sobre la tierra. (Aplausos.)

El triunfo del Cristianismo debia llenar todo el espíritu del hombre, sin dejar espacio á su corazón para ningun otro sentimiento, ni á su mente para ninguna otra idea. De aquí esa gran exaltacion religiosa á que llegaron muchos hombres hallados con el mundo. Apenas habian recibido ese rayo de luz en su frente, apenas habian gustado el maná de esa verdad divina, cuando el cielo se desplegaba á sus ojos y la eternidad á su pensamiento, pareciéndoles mezquino tributo la vida entera para consagrarla á Dios, que habia dado su vida por los hombres; huían de las ciudades, y refugiándose en las cavernas del desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los tigres y leones, en aquella naturaleza estéril, infecunda, abrasada por los rayos del sol, abrian sus corazones consumidos por el amor divino á la oracion, á la esperanza, y herian y maceraban sus cuerpos como para obligarles á exhalar de sí



el espíritu para que se perdiera como la gota evaporada de rocío, en la inmensidad de los cielos. Este particular estado del espíritu humano es muy propio del entusiasmo que inspira siempre una idea naciente. La revelacion celeste no cabia en la conciencia humana, y rebosando anegaba en su seno toda la vida. El hombre no tenia ojos sino para mirar al cielo; ni oido sino para escuchar la voz de Dios en la naturaleza; ni fuerzas sino para la oracion y la penitencia; ni sentimiento sino para amar el gran sacrificio del Calvario; ni idea sino para arrojarse en la contemplacion mística del Eterno; ni vida sino para entregarla al seno de la eternidad; ni alma sino para perderse en el amor del cielo. Así los eremitas, que representaban admirablemente esta exaltacion maravillosa y necesaria del espíritu humano, atraian á sus desiertos las gentes sedientas de lo infinito; y al eco del huracan, del rugir de los leones y del mahullido de los tigres, predicaban la esencia y la naturaleza de Dios. Allí, en aquellos desiertos, ardia la primer llama del entusiasmo cristiano, á manera de un fuego que se levantaba de las áridas rocas para abrasar y renovar el mundo. Despues los eremitas debian levantar conventos contra los cuales se estrellaran en el diluvio del antiguo mundo clásico las revueltas olas de la barbarie. El Cristianismo, la doctrina perseguida, la doctrina regada con sangre de los mártires, llega á

fecundar con su vida hasta las mismas áridas arenas de los desiertos.

Pero el genio del paganismo no dejaba tan fácilmente su presa y su triunfo. Una reaccion universal, profunda, inmensa, fué intentada por Juliano. Apartado de la vida del mundo por celos imperiales, recluido desde niño en un convento, educado en las máximas cristianas, viviendo entre eremitas, su espíritu, sin embargo, tenia una exaltacion tal, una ambicion tan desmedida, que allí, en aquella soledad, sin más consejo que su razon y su conciencia, concibió, leyendo los versos mágicos de Homero, la idea de restaurar algun dia el paganismo. Amante de la hermosura y del arte, como nacido casi bajo el cielo de Grecia, creia que era necesario devolver á la naturaleza muerta su espíritu, que habia huido al cielo, y á los bosques, á los arroyos, á las praderas, á las ondas, sus antiguos dioses, para que volviesen á exhalar aquellos cánticos que no deleitaban ya en su tiempo el oido de la humanidad. Y para conseguir este fin se instruye en la antigua ciencia, recibe el espíritu neo-platónico, explica el paganismo por aquella theurgia que intentaba dar una nueva doctrina á los ídolos, desciende á las cavernas de Eleusis, oye allí el ruido del alma del mundo que contesta á la voz de los sacerdotes paganos, va á Constantinopla, oculta sus ideas, y cuando llega la hora de reinar, acomete su em-



presa, levanta los templos, los decora de imágenes antiguas, arroja guirnalda sobre el altar de Apolo, vuelve á poner sus cuerdas á la róta lira de Grecia, prohíbe que los cristianos interpreten los poetas antiguos, predica una teología neo-pitagórica en frente de la teología cristiana, resucita las antiguas procesiones, quema incienso en las aras de los antiguos dioses; empresa vana, inútil, porque si al morir hubiera vuelto los ojos al porvenir, hubiera visto á los bárbaros arrodillados en torno de Roma, el altar de la Pitonisa desplomándose, los sacerdotes arrojando sus coronas de encinas desde lo alto de la roca Tarpeya como el último adios dado al paganismo, el altar de Júpiter Capitolino destrozado, la divina Cruz coronando la cima del Capitolio. (Estrepitosos aplausos.)

Sin embargo, el espíritu humano estaba profundamente conmovido en una época tan decisiva para la civilización. El dogma era objeto de grandes controversias en las escuelas, en los templos, en plazas y calles, en el fondo mismo de los desiertos. El pueblo, que había perdido las grandes luchas políticas, necesitado de actividad y de vida, iba á luchar al campo de las cuestiones teológicas. En ellas se interesaba toda la vida, toda el alma de la humanidad. Estos problemas, planteados en el tiempo se resolvieron en la eternidad. Así la vida y la muerte, el recuerdo y la esperan-

za, la cuna y el sepulcro, todo se interesaba en estas luchas del pensamiento y de la fé. Hombres de espíritu batallador, de independencia, continuamente agitados por el pensamiento, ansiando beber la vida eterna en el cielo, no pudiendo abarcar la revelación que descendía de la mente divina, caían en la herejía; porque la luz les cegaba como acontece á nuestros débiles ojos que no pueden mirar el sol. Entre todas estas herejías, por su audacia, por su éxito, por sus largas consecuencias, ninguna alcanzó la importancia que en la historia tiene la terrible herejía de Arrio. Esta herejía iba á herir en el corazón el dogma, á destronar la nueva religión. Era una rebelión del pensamiento contra la fé; pero rebelión que tendía á arrancar el espíritu divino á Cristo y su consustancialidad con el Padre. Esta herejía es una idea capital en la historia de la civilización, porque el arrianismo imbuyó su espíritu á los bárbaros, como para prepararlos á la verdadera fé. El arrianismo estaba empapado en el espíritu de Oriente y subió al trono con muchos emperadores y amenazó absorber al mundo.

Pero en medio de estas dudas y de esta incertidumbre, suena en el reloj de los tiempos la hora del triunfo definitivo del Cristianismo. A esta gloria, á este triunfo de la civilización, vá unido el nombre inmortal de un español, el nombre de Teodosio. A pesar de los progresos que las nuevas



ideas hacian en el ánimo de las gentes, el paganismo sonreía aún en sus innumerables templos y altares. La reaccion de Juliano habia dado un calor ficticio á los antiguos dogmas. Parecia esta lucidez de la religion el último destello de una lámpara que se apaga, de una vida que se extingue. En Alejandría, en Atenas, en la misma Roma resonaban los cánticos alegres y tiernos consagrados á los antiguos dioses, y sobre el ara de mármol se enlazaba la poética guirnalda, y al pié del ara ardía el fuego sagrado que habian alimentado tantas generaciones y que despedia sus últimos destellos. Por un instante parecia que el espíritu humano iba de nuevo á derramarse en la naturaleza para animarla y encerrar en cada hoja de los bosques, y en cada gota de agua de los mares, los rios y las fuentes, un génio misterioso, una divinidad. Esta reaccion formidable, tremenda, que amenazaba destruir la obra maravillosa de la revelacion y el reinado del nuevo derecho, fué detenida y contrastada por el génio sublime de Teodosio, que destrozó las antiguas aras, arrancó á su pedestal los ídolos, deshojó las corólas de la verbena y de las guirnaldas sagradas, enjugó la sangre que caía de las entrañas de las victimas, hizo suspender los augurios, las adivinaciones, los oráculos; y sobre los restos de esa religion, que habia sido el alma de tantos siglos, el consuelo de tantas generaciones, el ideal de in-

numerables artistas; sobre los despedazados restos de esta gran civilizacion levantó el Dios de la verdad y de la justicia, el Dios de los cristianos que venia á renovar el espíritu de la humanidad.

Pero si el Cristianismo habia renovado el espíritu, los bárbaros debian á un tiempo castigar á Roma y renovar la sangre de la humanidad. Aquellos romanos gastados, que vivian en los alrededores de Nápoles gozándose en ver el cielo siempre azul, el mar siempre riente, los bosques embalsamados por el azahár, los templos erigidos en las colinas más bien como trofeos artísticos que como monumentos religiosos; aquellos señores romanos, que tenian en sus casas, más grandes que una ciudad, todas las riquezas y hasta todas las extravagancias del gusto, montes de nieve en verano, bosquecillos de rosas en invierno, pájaros del Asia en sus jardines, mónstruos marinos en sus estanques, mancebas traídas de todos los reinos, esclavos de todos los climas; tendidos en su triclinio de púrpura y marfil, embalsamado el cuerpo con pomada de nardo, arreglado el cabello á usanza asiática, ceñidos con femenil estola, viviendo entre festines, donde tenian vino de Chio, miel de Cos, mariscos del Norte, lenguas de rui-señores, javalies con el vientre lleno de aves vivas, copas hechas de una sola esmeralda, ámbar de Pannonia; en medio de tales delicias, cuando más descuidados estaban, ven de pronto entrar



por sus puertas de marfil y oro, agarrarse á sus paredes pintadas al fresco, manchar sus suelos de mosaico, profanar sus estátuas de mármol, quebrar sus espejos de acero bruñido, á espantosos bárbaros venidos ora del Rhim ora del Danubio; unos de talla desmesurada, otros rubios y hermosos como leones, otros contrahechos, pequeños, deformes, de color verdoso, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de ojos de buho, vestidos con pieles de rata, asestando flechas que eran huesos humanos, chorreando de sus labios la sangre de la carne cruda que habian devorado, exhalando de su aliento el fétido olor de los orines de caballo que habian bebido; bárbaros que se cebaban en aquellos señores del mundo tan perfumados y delicadísimos, como se ceba el hambriento tigre del desierto en las entrañas calientes y humeantes de sus presas. (Ruidosos aplausos.)

Los romanos, como los primitivos pobladores de la tierra, subian á lo más alto de sus templos á mirar las nubes, las tempestades que avanzan. ¡Quiénes son tantos bárbaros? Primero viene un bárbaro seguido de ejércitos, que llenan desde la Dalmacia hasta las puertas de Constantinopla, de pueblos enteros, de carros que ruedan sobre el hielo ligeros; desde el desierto cae sobre la Tracia y Macedonia; flaquea el monte Athos, quemando sus espesos boques para que le sirvan de guía como una gran columna de fuego por la noche;

lleva delante de sí los trofeos del templo de Minerva; abrasa la Grecia desde Simmium hasta Megara; perdona los habitantes como el sacrificador arroja con desprecio la piel de la víctima devorada en el holocausto; entona sus ahullidos de triunfo en las orillas del mar Egeo teñido de sangre; penetra en Argos y Esparta y toma el hierro lacedemonio para herir en el corazón la patria de Licurgo; arrastra á su carro las vírgenes más hermosas consagradas aún á los dioses y las entrega á su pueblo para que las profane y las goce; cierra para siempre los antiguos templos; acaba con los misterios de Eleusis; atraviesa como el águila los Alpes Julianos; lava sus piés heridos en los mares donde hoy se alza Venecia; llega hasta las puertas de Roma, que desde Annibal no habia visto ningun enemigo; fuerza sus muros, entra en su recinto infestado por los miasmas de cien mil cadáveres, y ahuyenta aquel senado de reyes, ante el cual se postró la tierra, y destroza los templos que guardaban la conciencia de la humanidad, y derriba los ídolos que habian sido el consuelo de infinitas generaciones, y se levanta como una estatua colosal, inmensa, sobre las ruinas de una inmensa y colosal civilizacion. (Aplausos.)

Pero todos estos pueblos necesitaban de una inteligencia que les diese cohesion; de un brazo que les diese unidad y fuerza. Para cumplir este gran destino histórico, vino al mundo el bárbaro



Atila. Engendrado en el carro de los combates, nacido en las orillas del Volga, alimentado con leche de alimañas salvajes, acostumbrado á ver al abrir los ojos matanzas horribles, campos sangrientos; fuerte, vigoroso, deforme, corto de talla, ancho de espaldas, negro el color, aplastada la nariz, pequeños y hundidos los ojos que brillaban como los del tigre en la oscuridad de su caverna; rara la barba, nervudos los brazos, echado atrás el cuello, érguida la frente, ruiendo más bien que hablando, despidiendo de su mirar el fuego de la guerra, marcado con el sello del destino desde la cuna para conmover las naciones; Atila disciplina las razas, une los restos de los ostrogodos, de los hunnos, de los alanos, de los burgundos, de los escitas; arranca del suelo la espada que adoraban sus pueblos y la esgrime como el ángel exterminador; se rodea de todas las preocupaciones y mágiás del Oriente y del Norte; á la luz y al olor de la resina, consulta en su tienda al sacrificador ostrologo que estudia el porvenir en el corazon palpitante de la víctima; al adivino alano que agita sus hierrecillos y sus varillas; al mago hunno que invoca las divinidades infernales con su tambor mágico; al hechicero tártaro que busca el destino en las cenizas de las hogueras, y confundiendo así las creencias y las fuerzas de todas las razas bárbaras, las arroja sobre las Galias, destruye á Metz, á Treves, á Reims,

pasa á la Italia, amenaza á Roma, y despues de dejar tras de sus pasos una inmensa ruina y una inmensa hoguera, el azote de Dios vuelve á sus dominios, y muere ahogado en su misma sangre.

Señores: parecia que el cielo no podia guardar mayores amarguras á la reina de las naciones, á la señora de las gentes. Precipitada de su trono en el polvo, sin sus héroes, sin sus dioses, Roma no podia descender á mas oprobiosa abyeccion. Los caballos del desierto habian hollado el polvo de sus sepulcros; los hijos de sus antiguos esclavos habian roto en mil pedazos su corona y habian profanado su majestad y su hermosura. Abandonada de su númen tutelar, quebrado su cetro, sumida en lodo y sangre, do quier convertia sus ojos encontraba nubes de bárbaros, descargando sobre su frente todas las iras del mundo, y toda la cólera del cielo. No habia refugio en la tierra para los señores de la tierra. El Oriente y el Occidente, el Norte y Mediodía, los mares y los desiertos, los valles y las montañas estaban llenos de gentes bárbaras, hambrientas, crueles, vengativas, que cubrian el cielo con sus flechas, la tierra con sus víctimas. Cuando parecia que alguna de aquellas tribus, mal hallada con su condicion salvaje y ruda, se apercibia á recibir el soplo de la civilizacion y á perdonar á Roma, al punto el Rhin, ó el Danubio, los Apeninos, los Alpes, vomitaban nuevos guerreros más feroces, más sedien-



tos de sangre, más dispuestos á amontonar ruinas sobre ruinas, cadáveres sobre cadáveres, como si gozaran en infestar la tierra. Por las vertientes de los Pirineos, por sus desfiladeros tan codiciados un dia de los romanos, bajaba como un torrente de sangre, un pueblo bárbaro, que empujaba y arrollaba otros pueblos tambien bárbaros. Los españoles amantes siempre de su patrio suelo, disputaban con heroismo sin par el paso á los enemigos de la civilización romana, y los soterraban bajo sus riscos. Pero llamados los naturales á otras guerras, y dejando su hermoso suelo á viles mercenarios, los bárbaros todo lo arrollaron y vencieron.

Estos bárbaros más feroces que los godos eran los alanos y los vándalos. La muerte precedia estas bandas feroces, que no tenían instintos de humanidad ni de justicia. Los incendios eran sus antorchas, los ayes de los moribundos la música más regalada para sus oídos; la destrucción y las ruinas, su obra; el castigo del mundo antiguo su destino. Cuando caía una ciudad entre las llamas, y sus habitantes morían en la desesperación, y ondas de sangre corrían á sus plantas, y los gemidos y los ayes poblaban los aires; aquellos hombres gritaban gozosos como las aves de rapiña cuando el hedor de los cadáveres hiere su olfato graznan y aletean, y se lanzan gozosas sobre la horrible asquerosa podredumbre. La infeliz España sufrió

con resignación esta desgracia. El hambre diezmó sus habitantes; los miasmas de la peste oscurecieron su siempre límpido cielo; la segur bárbara taló sus bosques y arruinó sus pueblos; el fuego calcinó sus campos y sus antiguos palacios, y las calles de sus más populosas ciudades vieron correr en su soledad y su desolación sobre sus ruinas las alimañas salvajes, las fieras del desierto. Las montañas de Leon y Asturias fueron el primer refugio de estos bárbaros. Pero aguijoneados por sus inquietos deseos, ó heridos por sus enemigos, bien pronto se derramaron por los felices campos de la hermosa Andalucía, llevando allí tambien la destrucción y la muerte.

El hombre que personificaba este pueblo bárbaro era Genserico, más feroz aun y más batallador que Atila. Menudo de cuerpo, corto de estatura, cojo, deforme, conciso en su decir, misterioso en su pensar, frugal en sus costumbres, audaz en sus proyectos, deseoso de riquezas si menospreciador de los placeres; cauto, astuto, traidor; sin amor ni á los hombres ni á los dioses; sin respeto á su propia palabra y á sus juramentos; vengativo, cruel, blandiendo atroz espada en sus manos, y llevando el odio á la humanidad en su pecho; acosado como una fiera por sus enemigos y seguido de tribus feroces; Genserico era la venganza de Dios, que derramaba con su sople abrasador como el fuego, la ruina en los pueblos, la muerte entre